

**OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA ARZOBISPO DE TOLEDO**  
**DOMINGO DE RAMOS. 25/03/2018**

“Hija de Sion, ¡alégrate! Goza, Iglesia de Dios; he aquí que viene tu rey”. Sal a su encuentro, apresúrate para contemplar su gloria. Son palabras de anuncio y de alegría, ¿son palabras éstas propias del Domingo de Ramos, cuando hemos visto tanta vileza en torno a Cristo en la lectura de la Pasión? ¿Acaso es posible que el que hacía poco resucitaba a Lázaro, sea hoy el que avance hacia la muerte? El que ayer arrancó a Lázaro de los lazos de la muerte, hoy tiende las manos a los que quieren maniatarlo. Ayer arrancaba a los hombres de las tinieblas, y hoy, y por los hombres y mujeres, se adentra en tinieblas y sombras de muerte.

¿Puede por ello la Iglesia estar en fiestas, cuándo los hombres abandonamos a Jesús, como entonces sus discípulos? Ciertamente se da una paradoja en la liturgia del Domingo de Ramos, un contraste fuerte entre las aclamaciones de la entrada de Jesús en Jerusalén en procesión con palmas y ramos; entre estas aclamaciones al Hijo de David y la Eucaristía con la lectura de la Pasión. Pero comienza este Domingo la fiesta de las fiestas, porque la Iglesia recibe al Rey, su Esposo, porque su Rey está en medio de ella. Con Él ha llegado al puerto de salvación.

Al mostrar estos contrastes, tal vez hay que decir: “¿No somos un poco raros los cristianos?”. Muchos piensan que sí, pero no es verdad. Entre nosotros hay de todo: raros y simpáticos, optimistas o pesimistas. Pero, en nuestras acciones, en nuestra Liturgia, nos fijamos en Cristo Jesús. Si observamos el comportamiento del Señor durante su vida mortal, veremos que se empeñó manifiestamente en esconder de alguna manera su identidad, aunque la daba a conocer públicamente; como si pretendiera que la pudiésemos disfrutar, pero no de una vez; como si sus palabras fueran a permanecer para siempre, pero hubiera que esperar su interpretación; como si las reservara para el momento de la venida de otro, cuando Cristo y sus Palabras quedarán, a la vez, llenas de luz.

Sí, hermanos, es como si las palabras de Jesús pudieran ya haber sido pronunciadas al mundo, mientras que todavía hubiera que esperar mucho tiempo su verdadera interpretación. Aquí nos encontramos con un principio general que se nos presenta una y otra vez tanto en las Sagradas Escrituras como en la vida del mundo: que no discernimos la presencia de Dios cuando está con nosotros sino *después* cuando miramos hacia atrás, cuando las cosas se han ido y han concluido. ¡Prodigiosa Providencia, que se hace silenciosa siendo al mismo tiempo eficaz, constante y, sobre todo, infalible!

Así que las palabras y los hechos del Señor han sido pronunciados y anunciados ya al mundo, pero esperan siempre su verdadera interpretación. ¿Cómo es esto? Es que Cristo las reservaba para la llegada de Aquel, es decir, del Espíritu Santo que descendió sobre los Apóstoles, y comprendieron por fin quién había estado con ellos: El Hijo de Dios hecho hombre.

¿Por qué digo esto el Domingo de Ramos? Para que no seamos descuidados y andemos en nuestras rutinas, hermanos cristianos. La Semana Santa comienza hoy. Esto no constituye ninguna novedad, pues ocurre todos los años, antes o después. Sin duda, pero de la Semana Santa ni lo sabemos todo, ni hemos comprendido todo lo que sucedió en esa Semana, sobre todo en el Triduo Pascual.

No podemos, pues, entrar en Semana Santa con espíritu de vacaciones porque ya nos sabemos el final de la película. Serán tal vez para algunos o para muchos, días de descanso, pero no deben ser unos días más, porque podemos no percatarnos que viene Dios –siempre está aquí, por otro lado- y nosotros en nuestras ensoñaciones, buscamos excusas.

Dios vela por nosotros siempre. Nos conduce y nos alienta a avanzar por un camino que ignoramos. Todo lo que tenemos que hacer es creer, dejarnos conducir aun sin ver plenamente el camino, pero por la fe, colaboramos con Dios. Tengamos fe en lo que no vemos. El mundo va a seguir su curso de costumbre. En las noticias cotidianas no hay rastro del cielo. Ya se encargan de borrar ese rastro. Pero el Espíritu de Dios Bienaventurado está aquí. ¿Por qué no aprovechar la ocasión que se nos brinda de nuevo? Orar, confesar nuestros pecados, aliviar a Cristo en los pobres, recibir la renovación bautismal es posible. El cielo está abierto. Pero hay que mirar hacia él, para volver hacia vosotros la salvación de Dios, que llega, si la aceptamos.

✠ Braulio Rodríguez Plaza  
Arzobispo de Toledo y Primado de España